

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 3 de Junio de 1922.

Número 22.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.
Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta obra, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Como gato escaldado que soy, huyo del agua fría. Hace poco unos generales dijeron en el Senado hablando de la campaña de Marruecos, cosas que me parecieron excelentes, y fué cuestión de horas que no saliese yo poniendo por las nubes á aquellos campeones de la dignidad, cuando ya habían tranquilizado á los hombres de orden mostrándose dignos de la investidura de senador. Ahora el general Luque ha arremetido valientemente, en el Senado también, contra las Juntas de Defensa; y como, según dicen, no ha sido nunca el general Luque hombre ni general para asustarse de Juntas por lo que tengan de atrevimiento y de renovador, me inclino á suponer que halla censurables las Juntas por lo mismo que yo: por su afición á los pleitos pequeños; por sus comineñas y sus caciquerías; por no haber respondido á lo que ofrecieron (no me importa si constitucionalmente ó no) y se esperó de ellas; porque á los tres años de las reformas militares que ellas impusieron, vino el desastre de Annual á demostrar que no era solamente cobrar más lo que necesitaban los señores de las Juntas; por las amenazas con que recientemente han anulado las del Enano de la Venta.

Pero como conozco hace años personalmente al general Luque, lo aplaudo á pesar de aquel jarro de agua fría, en la seguridad de que no rectificará lo que ha dicho.

La Memoria del Tribunal de Cuentas del año económico 1920-21 dice: «No puede sustraerse á la mención otro

crédito en el que, á la vez que se atienden necesidades urgentes y perentorias de nuestra acción militar en Marruecos, se aplica la cantidad de 23.352.586,27 pesetas para reponer descubiertos en las cajas de los cuerpos, que ya en 1918 tenían unos, apreciados en 8.516.527,44 pesetas, que quedaron saldadas con un crédito extraordinario concedido por el Gobierno en aquella fecha.»

Me figuro la cara de la posteridad cuando registrando la historia de la actual campaña de Africa y buscando hábiles descubiertos, encuentre más bien hábiles descubiertos.

¡Y á esto llama un crédito el Tribunal de Cuentas! Pues ¿á qué llamará un descrédito?

El pleito entre Riquelme y Sanjurjo sigue cada vez más enconado. De una parte y de otra salen las acusaciones más graves.

El asunto es tan delicado, que toda circunspección en el comentario me parece poca. No seré yo quien se atreva á imaginar siquiera que personas tan respetables sean capaces de faltar un punto á la verdad.

No ha dejado de hacerme gracia que el Sr. Burgos Mazo haya dicho, glosando el discurso del general Luque en el Senado, que la culpa del atraso de España está en los pronunciamientos del siglo anterior. ¿Tan de veras se ha hecho alfonsino el señor Burgos, que ha olvidado su profesión de fe carlista y sus folletos en que se llama á la bandera de España «el trapo liberal», á los soldados «hordas», y se dicen otras lindezas por el estilo? ¿Desde cuando tienen derecho á hablar contra los pronunciamientos los culpables y defensores de las guerras civiles? ¿Es que les parecen poco?

Ha añadido que acababan siempre en ascensos para los pronunciados. Ya hubieran querido todos ellos que eso fuese tan verdad como que hay personajes que en una pirueta han caído desde las más elevadas sandedes del Manifiesto de Abrantes en un ministerio relativamente constitucional de la rama usurpadora. Y

Ahora si que estarás contentona, ¡mandilona, mandilona!... como cantaban hace poco en Bilbao, por cierto con poca voz y bastante fuera de tono los jefes de la concentración liberal.

La obstrucción ciervista ha acabado en un estrecho abrazo de Cierva y Sánchez Guerra.

¡Claro, hombre! ¿A qué andar siempre á la greña, si hay condenados á muerte y represiones sangrientas para todos?

El rescate de los prisioneros

Don Manuel Cerezo Garrido, Presidente de la Comisión Pro-rescate de los Prisioneros, me pide en una carta apoyo para el propósito de esa Comisión.

No solamente no puedo negárselo, sino que tendría yo á mengua no haber escrito algo en favor de la libertad de esos cautivos españoles sin otra excitación que la de mi propio convencimiento. Cuando Maura, desde la Jefatura del Gobierno, habló de condiciones inadmisibles por parte de los moros, dije que, tratando con enemigos cuyo poder se reconociese como análogo ó superior al nuestro, habría gloria en rechazar pactos deshonrosos, aun á costa de perecer; pero mientras insistiésemos en que nuestra campaña en Africa eran simplemente operaciones de policía, no podía haber gloria ni casi satisfacerse el honor con tan poco. Es decir, que España, desde la superioridad que se atribuye, no podía aceptar la disyuntiva de rescatar á los cautivos por tratos vergonzosos, ó renunciar á rescatarlos.

Esto opiné, y con ello dejé expresado hasta qué punto me parecía y me parece indispensable el rescate. Aunque para ello hubiese que llegar á la terminación de la guerra en la que ya está satisfecho el honor de las armas, dice en su carta el Sr. Cerezo. A esto no comprendo bien como habría de llegarse; porque si se trata con los moros la entrega de los prisioneros á cambio de abandonar el Riff ¿dónde quedaría el honor de las armas ya? Sin duda lo mejor sería salir de Marruecos siempre que encontrásemos seguridad de que no hablamos de desatar con ello hostilidades entre otras naciones; hostilidades que por estallar á la puerta de nuestra casa podrían ponerlos en situación más comprometida aún que la actual. Pero asunto tan complejo, sobre todo después de la guerra europea, no puede supeditarse solamente á las incapacidades y á las immoralidades de quienes prepararon el desastre de Annual.

Se argumenta que hemos demostrado nuestra incompetencia para el protectorado y que los hombres que se

envían á Marruecos se roban á la agricultura, á la industria. Es una agradable ilusión pensar que no hemos demostrado incompetencia más que como *protectores*; la agricultura española, por regla general, es una desdicha; ni sombra de lo que podría ser aun con guerra y todo. ¿Qué partido no hubiera sacado de su industria cualquiera otra nación en nuestras condiciones durante la guerra? Temo que no serviría de mucho abandonar Marruecos y recluirnos en España, si habían de cuidar de nuestros campos y de nuestras minas los mismos que han cuidado de nuestras tropas.

Concretando mi juicio: abandono de Marruecos, si hay fórmula posible; si no la hay, una acción civil que proporcione nuestro esfuerzo á nuestra capacidad. Para cualquiera de las dos cosas se necesita arrumbar lo podrido y lo fracasado. Creo que no sería mucho lo que se librara de la organización actual de España, si es que se libraba algo. Con iniciarse seriamente esto, el rescate de los prisioneros se haría sin dificultad, pues yo creo, como el Sr. Cerezo indica en el Manifiesto que ha dirigido á la nación y que no se ha permitido circular, que los inconvenientes más serios para el rescate no proceden de los moros.

Y ya que del Manifiesto hablamos, ¿cómo, teniendo tanta fuerza el sencillo relato y los documentos, se ha dado pretexto para denunciarlo escribiendo ataques y amenazas? El medio es sincero, pero no hábil.

Me complace pensar que, en lo fundamental, son estas líneas conformes con la campaña de la Comisión Prorescate de los prisioneros para la cual el Sr. Cerezo solicitaba mi apoyo.

JOSÉ NAKENS

Fiesta confortadora

El domingo último celebróse en Madrid una magnífica y numerosa procesión con motivo del tercer centenario de San Isidro.

Toda la carrera estaba cubierta por la Guardia Civil, Guardia de Seguridad de Infantería y Caballería, y personal de Vigilancia, precauciones que no eran precisas en un pueblo tan fervorosamente religioso como el Madrid de hoy.

Si á algún bromista se le hubiera atojado colocar un petardo al paso de tan grandiosa manifestación, creyendo que al escuchar el estallido habrían escapado á puto el postre los denodados campeones de la fe de Cristo ¿qué chasco se habría llevado!

Dado el entusiasmo piadoso que se dejaba adivinar en los rostros á través de la mansedumbre y humildad cristianas, es indudable que hubieran desafiado arrogantes el peligro, gritando unánimemente ¡vengan bombas!, ¡vengan

bombas! y dando de paso las gracias al cielo por haberles presentado á ocasión tan hermosa de demostrar á la faz del mundo, sellándolo con su sangre, que son falsas por completo las aseveraciones de los impíos que han dado en proparar que aquí nadie cree en nada, que todo es farsa, hipocresía, afán de exhibición, y que ni en lo moral, ni en las costumbres ni en los actos de los que alardean de católicos se descubre el más leve indicio de religiosidad.

Si un día ¡Dios no lo quiera! se diera desgraciadamente el caso que apuntó, se verían confirmadas mis consoladoras predicciones.

La hora de la muerte

La hemos nombrado todos miles de veces al rezar el *Ave María*; todos la hemos temido y siempre se aparece á los ojos de la humanidad como un aterrador fantasma. Sin embargo, yo creo que si hay una hora terrible en la vida humana, no es ciertamente la de morir: es la de tener que buscar veinte duros que se necesitan para vivir.

La hora de vivir, necesitando de todo el mundo, la encuentro erizada de dificultades; la hora de morir me parece la más tranquila y sosegada de toda la vida humana. Para vivir, necesita el hombre hacer algo que no es de balde.

Para morir, basta con exhalar el último suspiro.

Un pensamiento que á mí me llena de alegría, es el del compromiso en que voy á poner á todos los que me rodean cuando me muera. ¿Qué va á pasar allí? La humanidad, teniendo que hacer algo y muchas cosas completamente gratis. Es decir, las cataratas del Niágara obligadas á detener su carrera vertiginosa y volverse hacia arriba.

Y ello no habrá más remedio: allí tiene que venir una mortaja, unas per huélas, un hombre ó dos que carguen conmigo, un hoyo y una porción de paletadas de tierra, ¡completamente de balde! ¡Sin la más remota esperanza de cobrarme un céntimo! ¡Qué fácil es morir!

Esto, créanlo ustedes, es en todas las escuelas, en todas las religiones, en todas las filosofías.

En la cristiana se nos habla de un juicio tremebundo, que se ha de seguir inmediatamente después de la muerte y en que el juez será el mismo Dios.

¡Con valiente cuidado nos puede tener! El juez es nuestro padre, y padre enamorado de nosotros, y creo que no hay nadie que, si al comparecer á un tribunal supiera que era su padre el que iba á juzgarle, y sin tener que dar cuenta á nadie de sus determinaciones, no se sintiera completamente tranquilo y feliz y esperanzado.

Es que no hay otra vida, os dirán los librepensadores. ¿No? Pues mejor. Entonces la muerte es una siesta en que no viene la enfadosa campana que despierta al fraile y al colgrial, la corneta que interrumpe el sueño del soldado, el chiquillo que llora, la criada que canta, la columna de platos que se estrella. ¡Una siesta eterna, sin calor, ni frío, ni pu gus, ni pesadillas! No puede darse nada más delicioso.

La muerte, al fin y al cabo, no es más

que la barrera después de la lidia de un toro de mucho cuidado. Las cornadas del hambre, de las enfermedades, de las desgracias, de las ingratitudes, las de la vida. ¿Nos morimos? Hemos alcanzado la barrera: ya no hay cornada posible.

Alguien dirá que el momento de la muerte debe ser muy desagradable. No lo creo. Los hombres se mueren sin saber lo que les pasa, y si lo saben, siempre les viene aquello muy suave comparado con las veces que, teniendo muy bien despiertas y sanas sus facultades y sensibles sus nervios, rodaron una escalera magullándose la cabeza, vieron morir á sus hijos, se tuvieron que pasar un día sin comer.

¿Pues cómo el supremo castigo que se le impone á un criminal es la muerte? Porque no tenemos sentido común, ó si lo tenemos, somos completamente ateos y materialistas.

¿Tú has cometido un crimen espantoso!, se le dice al criminal. ¿Sí? Pues voy en veinticuatro horas te envío al cielo, porque te administro los sacramentos y luego te mato. Supremo castigo entre los cristianos: mandarle á uno á ver á su padre celestial.

Hay en esto contradicciones deliciosas. Se le va de casa á un padre su hijo para ganar en América doce mil duros de sueldo al año, y se queda tan contento. Se le va al cielo á ver á Dios, y no tiene límites su dolor y su desesperación.

Entran los religiosos en el convento diciendo que lo hacen para ganar el cielo: les da una pulmonía que promete meterlos allá de sopetón, y vengan médicos y potingues y sacrificios para seguir un poco más en la tierra.

¿Qué es esto? Es que, ó la naturaleza humana es alea y prácticamente no cree en la otra vida, ó la religión tiene un interés especial en estarnos siempre metiendo miedo con la muerte, como con el coco.

RAFAEL ESCALERA

EL CURANDERO

Urania era una ciudad cuyos moradores vivían sanos y felices. Pero un día llegó un curandero y les dijo:

—Todos vosotros, y yo también, padecemos una enfermedad crónica que heredamos de nuestros padres, quienes á su vez la heredaron de sus antepasados. Los causantes de esta epidemia fueron el fundador de Urania y su mujer, quienes por hacer caso á un charlatán, comieron fruta envenenada. A pesar del tiempo transcurrido, los perniciosos efectos de aquella fruta duran todavía. Pero yo poseo un remedio infalible contra esa enfermedad.

Y en seguida les explicó el plan curativo, que consistía, entre otras cosas, en que los niños tomaran una ducha de agua milagrosa, que sólo él tenía, y los mayores comieran únicamente pescado y vegetales en la primavera, y en llevar consigo unos cuantos amuletos de maravillosa virtud.

Los habitantes de Urania eran sencillos y crédulos, y aunque el agua milagrosa era cara y el plan curativo molesto, nadie desoyó los consejos del curandero. Sin embargo, alguien se atrevió á decirle:

—He observado, señor, que vos no seguís el plan curativo que nos habéis trazado á los demás, aunque padecéis la misma enfermedad que nosotros.

—Eso no es cuenta tuya, contestó aira-

do el curandero; tú haz lo que te digo, pero no hagas lo que hago, porque si yo muero de este mal, no por eso vas a salvarte tú.

No convencieron tales razones a aquel *hereje*, quien contó y comentó la escena entre sus amigos, y pronto hubo en Urania unos cuantos hombres de ideas independientes que decidieron prescindir del agua milagrosa y no hacer caso del ya opulento curandero.

Alarmado éste de aquel *cisma*, convino con los jueces en que se estableciera un tribunal para inquirir quienes no seguían el plan curativo y castigarlos. Muchas semanas duró aquella inquisición, que produjo pingües ganancias a los jueces.

El curandero continuó sin observar el plan curativo, y el alcalde, convencido de la razón de los purgadores, prohibió a los jueces que continuaran funcionando el Tribunal de la Inquisición. Entonces el curandero empezó a decir a todo:

—El alcalde es enemigo mío y enemigo de la Higiene. Me persigue poniéndome trabas para ejercer mi profesión, a pesar de lo mucho que he trabajado por el bien de esta ciudad. Pero cuando el alcalde o los que como él piensan enfermen, yo no los asistiré.

A algunos hombres, asustados por estas palabras, se retractaron de sus ideas y pidieron que se restableciera la inquisición, pero el alcalde y sus amigos fieles se mantuvieron firmes, y como observaban los mandamientos de la Higiene, vivieron sanos mucho tiempo.

Y los vecinos de la ciudad, hartos de mantener a aquel curandero, y de pagar aquellos amuletos tan costosos que en nada les aumentaba la Fuerza, la Belleza ni la Inteligencia, decidieron prescindir de él y de ellos, observar una vida higiénica en cuerpo y en espíritu, y encomendar su salud a un médico que era la encarnación de la Ciencia y de la Bondad.

F. R.

Las Hijas de María

(Leyes que rigen a la Asociación.—Cap. XI.—Del director... Se cumplirá en visitar de vez en cuando a las Hijas de María... Todas las Hijas de María... deben tener un respeto mezclado de afecto y agradecimiento... le manifestarán en todas circunstancias la mayor sumisión, y procurarán aprovecharse de las advertencias y consejos que tengan a bien darles.—Manual de las Hijas de María, páginas 73 y 74.)

Era muy blanca María, y las mejillas tenía casi siempre ruborosas: su carita parecía bouquet de lili y rosas.

¡Sus ojos!... ¡qué ojos, señor! negros cual la noche oscura, despeñaban el fulgor y la expresiva duzura que a los ojos da el amor.

Ebúrneo cuello turgente, el pecho y el talle esbelto; sobre su espalda un torrente de ébano puro, lúcente, caía su cabello suelto.

Al verla, no se podía más perfecciones pedir; y aquella beldad, ¡un día profesó!... quiero decir, que se hizo Hija de María.

Y se dió con mucho afán al rezo y a la vigilia, y por el padre don Juan y el ladino sacristán olvidó casa y familia.

Aún el cielo no tenía con su luz blanca la aurora, y ya por la sacristía andaba la seductora y hermosísima María.

Y en no pocas ocasiones, después de las oraciones de la noche, con recato salía con precauciones por las puertas del curato...

Aquellos ojos divinos, vivos y ardientes, perdieron sus encantos peregrinos, y sus labios purpúreos ya nunca más sonrieron.

La invadida negra tristura, y el carmín y la tristura de un finísima tez cambiáronse con premura, en cetrina palidez.

La Congregación decía: ¡qué vida tan ejemplar! Pero, por fin, cierto día quizá... de tanto rezar enferma cayó María.

Y la hermanita del cura, la joven Encarnación, decía con amargura: —Se muere, ¡pobre criatura! ¡Tiene tal inflamación!

María gritaba: —¡me muerol y pidió el viático; pero doña Chona la curó con tan decidido esmero, que María se salvó.

Y poco después, un día el cura contó, delante de las Hijas de María, que habían expuesto un infante en la misma sacristía.

—Y manda la caridad, con unción santa les dijo, socorrerle en su orfandad; por el niño a Dios rogad, que yo le adopto por hijo.

Y en efecto le adoptó, y aquel pimpollo creció entre mimos y ternura, y hubo alguien que le encontró parecido con el cura.

En lo que duda no había, era en que el chico tenía a los cinco años cabales, los ojos negros, é iguales a los ojos de María.

En ello ésta no repara y en nada la mortifica ni la hace ocultar la cura. ¡Habría quien sospechara de tan religiosa chica?... —Hijo de María, quiero llamarme—decía el niño;

y como era zalamero, así, al ver su afán sincero, le llamaban con cariño, menos la canalla impía que en mal decir tiene tino, pues al niño no decía hijo de María, sino el hijo de la María.

Más la calumnia traidora no mengua su devoción, porque María es ahora presidenta ó superiora de la Santa Asociación.

Madres: en esa hermandad vuestras hijas afiliad

sin temor a su deshonra, que si lo pierden en honra lo ganan en santidad.

JOSÉ DE LA G. RAMOS

Durante la noche del sábado último fueron robados en la iglesia de Santa Cruz varios cepillos y una porción de alhajas de las que lucían las imágenes.

¡Oh tiempos aquellos en que estaba en moda que las imágenes hicieran el milagro de que los ladrones sacrilegos quedaran sujetos con las manos pegadas al objeto que iban a robar! ¡cuánto os hecho de menos!

No quedarían impunes estos crímenes, que ahora ven impasibles las imágenes más milagrosas, y que en más de una ocasión resultaron cometidos por las gentes de la casa del Señor.

La misa devota

I

Nuestra santa madre la Iglesia tiene un cuidado especialísimo de que todas las cosas pertenecientes al culto vayan hechas con todo el respeto y veneración posibles. Para ello escribió infinidad de rituales y libros de ceremonias, que la mayoría de los curas ignora, y en Roma tiene a guisa de vigilante perpetuo una Comisión de cardenales llamada *Congregación de Ritos*, cuyo único objeto y fin es procurar el orden y respeto en todas las prácticas religiosas.

Supongo que será muy raro el lector que alguna vez no haya oído alguna misa. Ya se sabe: en la vida hay compromisos terribles. Tampoco faltará lector que haya observado que hay misas cortas, y éstas son la mayoría, y misas largas. Las primeras son las delicias de los soldados, colegiales, criadas y dependientes de comercio que a ellas asisten por obligación; las segundas refrescan el espíritu de los devotos, y son manantial de placer para los novios que se han puesto juntos y tocando silla con silla. Estas misas largas son también muy apetecidas por esas niñas que se quedan en casa con la criada mientras la mamá va a la iglesia, ausencia que se aprovecha para hacer que suba al piso el gomo-so que lleva una hora de plantón en la esquina, como lo atestigua aquel antiguo cantar:

Mi madre se fué a misa,
subió mi novio.
¡Así fuera la misa
de San Antonio!

que, para que lo sepan los profanos, fué una misa que duró veinte horas, efecto de un éxtasis del taumaturgo de Padua.

Lo que muchos no sabrán, es que todo cura que dice la misa en menos de veinte minutos comete un *pecado mortal*, y muchos obispos tienen impuesta pena de suspensión a los clérigos que en el *argot* eclesiástico se llaman *relámpagos*. Acordado todo esto, veamos cómo una misa larga se puede convertir en corta sin culpa del que la dice.

II

D. Toribio Ibarra, capellán de las Clarisas de N..., era un vizcaíno fuerte, escrupuloso y casi estoy por decir que modelo

de capellán de morjas. Tería la monomanía de los ritos y ceremonias, preciándose de conocer el Ritual mejor que ningún cura y, lo que valía más, de observarlo con escrupulosidad. D. Toribio en el altar estaba en su centro y elemento; las cosas más nimias, los detalles más insignificantes tenían para él un valor inestimable. No d go yo que tuviera aquel entusiasmo ritual de Santa Teresa, que afirmó en sus escritos que hubiera dado la vida por el más pequeño detalle del culto, pero sí que era el más celoso guardián de todas estas fruslerías, siendo su mayor enemigo el que las omittía o despreciaba. Nadie mejor que Domingo el monaguillo del convento, pudiera hablarnos de esto, el cual había llevado más de tres bofetadas por atropellar el latín al ayudar a misa. Un día, por cambiar el misal con precipitación, lo tiró al suelo; las monjas se echaron una risa tada, pero D. Toribio después en la sacristía le atizó una tulina de primera, diciéndole entré cachete y cachete:

—Ya sabes que la misa quito qua vaya despacio, muy despacio.

III

Tanto ercomisaban las morjas la religiosidad de D. Toribio, su fervor en los actos del culto y lo devoto que resultaba su misa, que aquella meñana una familia muy principal de N... vino a oírlo.

Al ver entrar en la iglesia tantos señores. Domingo se restringió las manos y dijo:

—Esta es la misa.

Fuese a la sacristía, preparó los ornamentos, y en el amito, llerzo cuadrado que los cruces se ponen al cuello, vertió el contenido de un papelito. Llegó D. Toribio, revistase y salió al altar con más solemnidad que un patriarca. Al principio todo fue bien; Domingo respondía despacio y con una calma; y D. Toribio se esponjaba, sintiéndose el blanco de todas las miradas. De pronto comenzó a mover la cabeza, de cuando en cuando se rascaba el cuello, se puer el olerado como un tomate, se agitaba nervioso y volvía las hojas del misal con una furia de vendaval. Hizo señal al chico para que se diese prisa; pero éste cada vez respondía y hacia las cosas con más calma. Las contorsiones de D. Toribio iban en aumento, y no pudiéndose ya contener, cerró de golpe el misal y dejó la misa a medias.

La familia invitada por las monjas se fué escandalizada, mientras Domingo reventaba de risa; y D. Toribio, en la sacristía, registraba los ornamentos buscando el origen de aquel picor insuperable, y que era sencillamente polvos de pica pica.

La priora llamó a D. Toribio al torno y le dijo:

—Esto es un escándalo; ha stropellado usted por completo el santo sacrificio de la misa ¿Q é habrán dicho los fieles?...

—Señor —exclamó D. Toribio furioso— si le hubieran echado a usted en... las narices lo que a mí me han echado en el cuello, no vendría usted con estas majaderías.

Desde aquel día la misa devota de don Toribio quedó desacreditada por completo.

FRAY GREUNDIO

Veintidós concejeros municipales de Tolouse han comunicado oficialmente al alcalde, que si el clero asiste al descubrimiento de la estatua de Juana de

Arco, levantada cerca del Ayuntamiento, presentarán su dimisión de concejales.

Bien hecho. Hubiera resultado sarcástico que asistieran al acto patriótico los representantes de la Iglesia que la llevó a la hoguera.

¿Que recientemente esa misma Iglesia la ha canonizado?

Razón de más para excluir al clero, ahorrando así a sus individuos el estar en la ceremonia con la vista baja, avergonzados de la barbaridad que cometieron sus antecesores.

Hay que ser piadosos con los pecadores arrepentidos.

BIENVENIDO

Varios jóvenes inteligentes y valerosos de Las Palmas (Canarias) han reanudado la publicación de *El Clarín*, semanario que tan brillante campaña sostuvo contra el clericalismo. He aquí algo de lo que dicen en su primer número:

«Hoy reaparece de nuevo *El Clarín*. *El Clarín* que, como sabrán todos, combatió durante algún tiempo el clericalismo, y denunció bastantes hechos é inmorales, sigue ahora que por segunda vez sale a la luz pública igual trayectoria, y persigue el mismo fin: Desenmascarar a quienes á espaldas de toda ley, y en contra de toda derecho, cometen los más grandes descaatos y disfrutan toda clase de tolerancias.

El clericalismo exige una campaña. En esta ciudad, por desgracia, el número de sacerdotes, frailes, monjas y de más clases de seglares católicos es crecido. Si no se acude pronto, todo caerá en manos de ellos. He aquí la preocupación que nos ha lanzado á proseguir esta labor altamente moralizadora.»

Es tan raro que los jóvenes de hoy se preocupen de combatir al enemigo común de todo ideal progresivo, que envío á esos de Las Palmas mi saludo más entusiasta.

LAS LAGRIMAS DEL CRISTO DE MELILLA

Según telegrafía la Agencia Fabra, desde Melilla, la imagen del Cristo que se venera en la iglesia de la Purísima Concepción, regentada por los Capuchinos, derrama lágrimas y abre y cierra los ojos cuando los fieles acuden á rezar ante él.

Supongo que esta novedad nos va á dar un gran prestigio ante los moros. En realidad estaba haciedo mucha falta en Melilla un Cristo que parpadease y que derramase lágrimas, para lo que no le faltará nunca motivos en aquellas tierras.

Desde que al Cristo de Limpies le dió por llorar, son varios los Cristos que han seguido la costumbre, pero ninguno con tanta oportunidad como el de Melilla, por que allí está haciendo mucha falta un verdadero milagro.

Un Cristo que abre y cierra los ojos es siempre una cosa maravillosa y digna de admiración; pero un Cristo que se dedique á tales entretenimientos en Melilla, merece, además, nuestra gratitud, porque ahora no podrán negar los moros la supe-

riedad de nuestra religión, toda vez que á Mahoma no se le ha ocurrido nunca parpadear ni derramar lágrimas.

Tal vez sean lágrimas de duelo por los muertos de Monte Arruit; pero aunque se trate de un Cristo sentimental, el milagro ha de asombrar á los moros.

Yo creo que ese Cristo abre los ojos para ver dónde se ha escondido el Raisuni, á quien esperábamos matar en Tazart el mismo día que los moros mataron á González Tablas. El Raisuni, estaba cojo, ciego y manco, y según las noticias oficiales no podía escapar de Tazart; pero el Raisuni cojo, cojo y manco pudo escapar, y por eso, sin duda, abre los ojos el Cristo de Melilla.

Reconozcamos que si nuestra acción en Marruecos no es más afortunada, no es por nuestra culpa, porque hasta ahora hemos hecho todo lo que hemos sabido; y desde aquel comandante espiritista que habló dos ó tres veces con Silvestre después de muerto, é hizo que recobrasen el habla varias personas, hasta éte Cristo parpadeante y lacrimoso, todo nuestro repertorio de hombres creyentes y de buena intención ha sido puesto al servicio de una guerra que por algo llamamos santa y en la que nuestra misión principal es combatir infieles.

Si después de estos milagros los moros se empeñan en matar á nuestros soldados, sin conceder ninguna importancia á los guiños del Cristo y á su llanto, creeremos que para los rifeños no hay redención posible, porque se niegan á reconocer un milagro que, cuando se divulge en la Península, será creído sin discusión por la mayoría de los españoles, por imbéciles que sean y por rifeños que parezcan.

El Pueblo

Valencia

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Una asidua lectora de EL MOTIN, Madrid, 5 pesetas. Hilario Martínez, Vadocondes, 4; Santos Pellitero, R año, 1.

• CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Játiva.—Encarnación Carahana. Abonaco su suscripción á fin Marzo 1923.

Port-Bou.—José Nadal. Id. á fin Diciembre 1922.

Riaño.—Santos Pellitero. Id. á fin Diciembre 1922.

Alora.—Manuel Pladenas. Id. á fin Febrero 1923.

Ponferrada.—José Hernández. Recibido su giro de 5,50. Van libros.

Larache.—J. aquín González. Id. de 50. Van libros y gracias.

Málaga.—Miguel Torres. Id. de 10,80. Confírame.

Coruña.—Severino Alvarez. Item de 18,65. Confiarme.

OBRAS TEATRALES

PEQUEÑECES
DIOS, PATRIA Y REY
¡OJO AL CRISTO!
Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO
EL PRIMER ANIVERSARIO
¡ALZA, PILLIN!

por

JOSE NAKENS

PRECIO: UNA PESETA

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla. 2.—Madrid.